

debía bautizar en Espíritu Santo. Juan Bautista decía:—«Haced frutos de penitencia,» porque su bautismo era solo de penitencia, preparacion para el Sacramento, no el Sacramento mismo (1).

La mision de Juan fué autorizada con los milagros que sucedieron en su nacimiento, con su vida admirable y con la santidad de su doctrina: no era todavía su palabra la gran luz que habian anunciado los Profetas; pero por su eficacia se reanima el espíritu decaído, volviendo la fé y la esperanza á los hijos de los hombres: el bautismo de agua que administra San Juan, es la imágen del misterioso bautismo de la gracia, y á recibirle corren las gentes, los publicanos y los soldados que atienden sumisos la doctrina que el nuevo Elías les enseña: solo los fariseos (2) y los saduceos (3) desoyen su voz, y no se mueven á penitencia, como les aconseja el precursor del Mesías, permaneciendo en su obstinacion é impiedad.

Esto acontecia en Betanea (4), y al dia siguiente vió Juan á Jesus venir á él, y le dijo: «He aquí el cordero de Dios, he

(1) A manera de disposicion á la gracia, dice Tertuliano.

(2) Los fariseos constituian una secta en todos tiempos la mas numerosa y permanente de los judíos: su carácter distintivo era un escésivo celo en favor de la ley oral, llevando tan lejos este respeto á la tradicion, que esta llegó á oscurecer la ley escrita. Las tradiciones de los fariseos están compiladas en el Talmud, obra que consta de 12 tomos en folio.

(3) Los saduceos, en oposicion con los fariseos, solo se atenian á la ley escrita: los dogmas principales de esta secta se reducian en su último estado á negar la existencia de los ángeles y de los espíritus, la resurreccion y la vida futura; todo estaba sujeto al tiempo presente, y el bien y el mal solo duraban la vida del hombre.

(4) Beth-habarah (*casa de paso*): algunos autores dicen *Betábara*, en vez de Betanea; nosotros seguimos en materias tan delicadas el texto del Evangelio, y á él deben acomodarse nuestros lectores.

aquí el que quita el *pecado* del mundo (1). Este es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varon que fué engendrado antes de mí, porque primero era que yo.»—Llegado el momento, Juan se resistia diciendo:—«¿Yo debo ser bautizado por tí, y tú vienes á mí?»—Y Jesus le contestó:—«Deja ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia.» Al oír esta respuesta, dice la Vulgata antigua, le *bautizó*.—Y despues que Jesus fué bautizado, subió luego del agua, y se le abrieron los cielos; y vió al Espíritu de Dios, que descendia como paloma (2), y que venia sobre él, oyéndose una voz de los cielos, que decía:—«Este es mi Hijo el amado, en quien me he complacido (3).»

¡Cuánta sublimidad y grandeza en lo que de los Evangelistas hemos tomado! Era llegada la hora feliz: el mundo iba á oír la palabra del Salvador, que aceptando las órdenes de su eterno Padre, se habia hasta cierto punto como anonadado bajo la forma de hombre, para reparar el ultraje que el hombre habia hecho á su Dios, y no tan solo recibe el agua del bautismo antes de comenzar el ministerio de la predicacion, para que principalmente habia venido al mundo, sino que es llevado al desierto por el Espíritu Santo (4), ayuna cuarenta dias (5), mas bien que para prepararse, pues no necesitaba preparacion, para enseñar á los que despues de él habian de predicar en su nom-

(1) Se dice *pecado* en singular, porque Jesucristo vino á librarnos del pecado original, y de él tienen y han tenido principio todos los demás pecados del mundo.—Santo Tomás.

(2) El pueblo entero fué testigo de este suceso, y vió la paloma, y percibió clara y distintamente la voz del cielo.

(3) San Mateo, cap. 3.

(4) Tal es la opinion de los SS. Padres Gerónimo, Crisóstomo, Hilario, Gregorio y otros.

(5) La Iglesia ha consagrado este ayuno, que es mirado como de tradicion apostólica.

bre, y consiente que el demonio ponga en duda su poder para sufrir como hombre esta nueva humillacion.

San Juan Bautista no debe considerarse tampoco bajo el punto de vista de nuestros estudios, como un verdadero orador sagrado: la alta mision de la enseñanza oral no se habia confiado aun por quien debia ejercerla de una manera sublime antes que nadie; y si Juan habló al pueblo en nombre de Dios, habló tan solo como Profeta, como anunciador de la persona del Mesías, en cuyo sentido hablaron tambien sus antecesores.

Jesucristo.

El punto de partida y el fin de la predicacion, es uno mismo: un solo nombre llena por sí solo la primera y la última página de la HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA: JESUCRISTO ES ese nombre ¡nombre augusto, tres veces santo y venerable!

Que esa luz viva, enérgica y poderosa deje de alumbrar vuestro camino, y no acertareis á dar un solo paso: apartaos de Jesucristo, y toda enseñanza será inútil: no procureis hacer de vuestra propia vida la vida de Jesucristo, segun decia San Pablo: *vivo autem jam non ego, vivit vero in me Christus* (1): no imiteis á Jesucristo, no sed perfectos en Jesucristo, y temblad ante la certeza de profanar el santuario, convirtiendo la cátedra de la verdad en tribuna de error y de mentira, y la elocuencia santificada por Dios en instrumento de orgullo, de vanidad y de pecado.

La vida de Jesucristo es el primer libro que necesita aprender el sacerdote; debe tenerlo siempre sobre su mesa y meditar

(1) Gal. II, 20.

constantemente en las enseñanzas sublimes que encierra: sin esa preparacion, sin ese alimento del alma, toda otra preparacion será estéril, no dará frutos ópimos en gloria de Dios: «pues las acciones de Cristo son modelos de virtud que facilitan la inteligencia y la práctica de su moral, elevan las almas, esfuerzan el espíritu, mueven suave y dulcemente el corazón, y levantan al hombre sobre todos los sentimientos de la naturaleza (1).»

Apresuraos, antes de estudiar á Jesucristo como orador, á tener muy en cuenta el único, el solo camino para poder ejercer dignamente el ministerio de la predicacion: no somos nosotros, á quienes falta la autoridad que presta al hombre su propia virtud, los que hablamos en estas materias de suyo tan elevadas; es el mismo Dios quien os dice: «Imitadme, seguidme: Yo os he dado ejemplo para que acomodeis vuestra vida al tenor de la mia.»

Muy al contrario que los filósofos y los reformadores de la tierra, Jesucristo enseña la doctrina misma que practica, y quiere ante todo que los suyos le imiten en esto principalmente: «siendo perfectos como es perfecto su Padre celestial.»

Jesucristo, que es el gran modelo del cristiano, que vive en el cristiano, que constituye la esencia íntima del Cristianismo, es el tipo ideal del orador sagrado: por esto es preciso estudiarle en sí mismo antes que en su palabra, é imítadle antes que predicar su doctrina.

No debe acobardaros el temor de no acertar á reproducir el modelo acabado, perfecto; esto es absolutamente imposible sin un auxilio supremo de la gracia y la misericordia de Dios: auxilio que no habrá de faltarnos nunca si copiar reproducir algun

(1) Señor Martínez Marina — Hist. de J. C., discurso preliminar.

rasgo notable de su fisonomía: vereis de qué modo uno solo prepara el camino para enriqueceros con otros después. En la senda de la perfección no se avanza tanto, que se llegue al fin sin recorrer el medio; pero es vuestra primera ley imitar á Jesucristo, no en palabras, sino en obras: el que no se sienta con verdadera vocación, con verdadera fuerza de voluntad para ser virtuoso antes de ser orador sagrado, debe desistir de tan temerario empeño.

Ciceron y Quintiliano, que escribieron en las tinieblas del paganismo, sostienen (1) que no puede ser elocuente el hombre que no sea virtuoso: enseñar la elocuencia á quien carezca de virtud, dice Ciceron, es entregar una arma mortífera á un demente; y Quintiliano recelaba si habria causado un mal dictando sus bellas lecciones de elocuencia por temor de que hombres sin buenas costumbres pudieran abusar de ellas: así se pensaba y se escribía en la antigüedad, esto decia la luz natural á aquellos hombres privados de la sobrenatural.

¿Y cuál es la perfección á que debemos aspirar? me preguntareis. ¡Ah! no es una tibia piedad, ni una débil virtud las que os pide Jesucristo para enseñar su doctrina, y os aseguro en verdad que os es necesaria en cierto sentido, hasta para aprenderla á enseñar; es la perfección suma, es la santidad misma, que para el sacerdote no es solamente un adorno, una gloria, una aureola; sino, como dice el P. Félix, una condición normal de su vida. Él lleva la santidad en su nombre, añade, porque debe llevarla en sí mismo. El carácter, la función, el apostolado, el sacrificio y la comunión de todos los días, todo esto no solo exige, sino que supone en él la santidad. Si el cristiano vive en

(1) De orat. L. I, n. V y VI, t. II, p. 6, L. III, n. XIV, p. 234. Orator. n. XXXIV, t. I, p. 316.—Inst. L. VIII, proemio n. IV, t. II, p. 25, L. II, cap. XXII, t. I, n. 144, L. XII, c. I, t. II, p. 345.

lo divino, se mueve en lo divino, respira en lo divino, puesto que vive, se mueve y respira en Jesucristo, ¿qué diré del sacerdote? Él es la representación oficial de la santidad de Dios entre los hombres: él es el embajador del Dios que lleva sobre sí un reflejo de la santidad divina, á la manera que un embajador lleva un reflejo del poder y de la magestad real: él es al pie de la letra el hombre de Dios, *homo Dei*; es decir, todo lo más grande y más santo que hay en la humanidad.

Estote perfecti; vuestra propia perfección es lo que Jesucristo os pide ante todo: no es la perfección en el arte, no es la perfección en la ciencia el elemento principal para ejercer la predicación, sino vuestra propia perfección. Comenzad por ser perfectos, y podreis ser buenos oradores sagrados; sed perfectos, y los ejemplos que os presente esta historia serán de gran utilidad para vosotros, y podreis llegar á imitarlos; hacedos hombres perfectos, y hareis perfectos á los demás; rehacedos á imagen de Jesucristo, y cumplireis la misión divina que os impuso el divino Reformador. Cuando el Redentor se limitaba á decirnos: *Seguidme, imitadme*, era porque, preparando el progreso en el hombre, preparaba de un modo nuevo y seguro los otros progresos: *Querite primum regnum Dei, et hæc omnia adjicientur vobis*.

Los Santos Padres, á quienes es forzoso recurrir como á manantiales inagotables de sublimidad y grandeza, aconsejan también al orador sagrado como primera necesidad la virtud. «No tan solo, dice el señor Martínez y Sanz (1), por el peso y autoridad que el buen ejemplo dá á la doctrina, ni por el desprecio en que esta cae cuando la desmiente ó la contradice la

(1) Cuyo libro, á medida que más le estudiamos, nos parece mejor.

vida del orador, ni por la obligación especial que de vivir cristianamente tienen los ministros del Evangelio, sino por todas estas cosas, y atendiendo además al constitutivo esencial y á la estética de la elocuencia. Los Santos Padres sabían sobradamente que quien desee mover se ha de mostrar él mismo conmovido: *si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*; y que tan solo de un corazón abrasado en el amor divino, pueden salir los dardos que atraviesen el corazón del pecador, ó aquellas palabras de fuego, como las llama San Gregorio, que producen en el corazón cristiano los grandes incendios del amor divino: *qui ab eorum exhortationibus verba flammantia ad aures audientium procedunt... quando vix tenuiter prædicator loqui sufficit hoc, unde ipse fortiter ignescit.*»

La historia del Cristianismo es el mismo Jesucristo manifestándose en la sucesión de los siglos por medio de prodigios de santidad en los cristianos ilustres: ellos imitaron ante todo á Jesucristo, ellos estudiaron y siguieron á Jesucristo, logrando establecer un lazo íntimo y misterioso entre Jesucristo, su propia virtud y el bien de la humanidad.

Oigamos también sobre esto al R. P. Félix, de la Compañía de Jesús, de esa milicia ilustre, infatigable, cuya fuerza, cuyo poder no está donde muchos suponen, sino en la cruz; así define la santidad este sabio sacerdote, que ha tenido el valor suficiente para mostrar á la Europa entera, orgullosa con su civilización, sus lamentables extravíos, sus errores y su ignorancia. «La santidad, dice, es la perfección del hombre mismo, es el mérito personal, es el valor humano engrandecido por la gracia divina. Cuanto mas santo es un hombre, tanto mas se eleva y se perfecciona con el so-

corro de Dios, tanto mas vale como sér humano, tanto mas útil es á los demás. Las otras grandezas son atributos, privilegios, prerogativas, ornamentos del hombre; pero la santidad es el hombre mismo, el hombre grande por su verdadera grandeza, el hombre cubierto de su mas alta magestad. Veámoslo: De la union del talento y la santidad en el filósofo nace la mas alta filosofía; y esta filosofía se llama San Agustin ó Santo Tomás de Aquino. De la union del talento y de la santidad en el orador nace la elocuencia mas poderosa, y esta elocuencia se llama San Bernardo ó San Crisóstomo. De la union del talento y de la santidad nace en los artistas el arte mas puro y mas celestial, y este arte se llama Beato Angélico. De la union del talento y de la santidad en los hombres de guerra y de gobierno nacen los mas grandes capitanes y los mas grandes reyes, y estos capitanes y estos reyes se llaman, en España Fernando el Santo, en Inglaterra San Eduardo y en Francia San Luis. En fin, de la union del talento y de la santidad en los hombres que han recibido la vocacion de socorrer y salvar, nacen los salvadores ilustres y los bienhechores mas famosos de la humanidad, y estos salvadores se llaman San Leon ó San Gregorio, los dos apellidados Grandes.»

Sondead, pues, jóvenes, vuestra vocacion, para seguir á Cristo, y obedeced sumisos su primer mandato: Jesucristo se halla colocado en medio de los siglos y en el centro de la historia: de todas partes las generaciones le descubren y le contemplan levantándose para verle mejor, como astro que sube al horizonte de los pueblos: elevaos vosotros hasta él, subid hasta él, y habreis descubierto el primer secreto de esa palabra que quereis aprender: descendad despues hasta vosotros, contemplaos á la clara luz que Jesucristo esparce en tor-

no suyo, y no vacileis si sois virtuosos en emprender el trabajo de enseñar su doctrina, enseñanza que hoy mas que nunca es necesaria.

¡Qué sublime, qué grande es la mision del orador sagrado en el siglo en que vivimos! ¡pero cuán penoso y difícil su cumplimiento! Cimentaos, cimentaos en la virtud, y no tomeis á mal la repetición de este primer consejo: cuanto mayor es el edificio, decía San Agustin, tanto mas profundo debe ser el cimiento abierto por el arquitecto: *quanto erit majus ædificium, tanto altius fodit fundamentum*. La construcción baja antes de subir: *fabrica ante celsitudinem humiliatur*; y el remate del edificio no se eleva sino despues que este ha bajado, *et fastigium post humiliationem erigitur*.

Contaba Jesucristo treinta años (1), cuando abandonando el desierto y dirigiéndose á la ribera oriental del Jordan, dió principio á su divina predicación, revelando al mundo los secretos que habia visto en el seno de su Padre durante la eternidad.

Antes de esta época, Jesus no habla jamás como verdadero Maestro; hace una vida oscura en Nazaret, y cuando sus desconsolados padres le lloraban perdido, le hallaron con sorpresa sentado entre los doctores, no enseñando, sino *oyendo* y preguntando como quien quiere saber (2).

En la historia de Jesucristo se nota un vacío, que tiene para nosotros una gran importancia y significación: desde la edad de doce años hasta que Juan dá testimonio de su persona, los Evangelistas nada nos dicen del Salvador: no habiendo faltado

(1) «Jesus erat incipiens quasi annorum triginta.»

(2) «Audientem illos e interrogatem eos.» San Lucas, cap. III.

quien se atreva á suponer que durante este tiempo Jesus aprendía en Oriente la doctrina que despues enseñó (1).

Cuando la impiedad no puede negar un hecho, le desfigura; y he aquí cómo ese período de humilde obediencia á los decretos del Altísimo, se convierte en arma para *humanizar* al que siendo Dios no necesitaba la experiencia y el tiempo para decir la verdad. Jesucristo guarda silencio, vive ignorado en el seno del hogar doméstico; pero no tanto que no nos sea dable traspasar los umbrales de la casa de sus padres y contemplarle amasando con el sudor de su frente el pan que tranquilo come en medio de la única paz, de la única felicidad que puede disfrutarse en la tierra: la paz y la felicidad del trabajo y la virtud.

Recojamos esta nueva enseñanza en la vida de Jesucristo: la palabra de Dios no se oye súbita y repentinamente; se espera, se anuncia, viene cuando debia venir: el amor de Jesucristo, comprimido al parecer durante treinta años de su vida á la vista de las iniquidades de los hombres, es un sacrificio inmenso, superior para aquellos que solo contemplan á Cristo á la pálida luz de su limitada inteligencia. Ese Dios que calla, que oye y pregunta, que trabaja humilde bajo un techo pobre é ignorado: ese Dios que pasa por medio de los mismos á quienes viene á salvar, sin hacer que le reconozcan desde luego y le sigan; que es rey y se oculta de los reyes, cuyas iras parece temer: ese Dios que nace en un establo, en la última de las mas tristes posiciones de la vida, ese *Dios* es en verdad incomprendible para los que rindiéndose culto á sí mismos, no echan de

(1) Strauss, Gibbon, T. Salvador y otros, cuyas obras están en este punto completamente desautorizadas.

ver que su incredulidad es una manifestacion ostensible de su presuncion y su ignorancia.

El silencio del Divino Maestro debe ser una leccion eloquentisima para los impacientes y los que ganosos de gloria se lanzan antes de tiempo á ejercer el ministerio de la predicacion: los treinta años que pasa Jesus sin dar á conocer por medio de su palabra la doctrina salvadora, eran necesarios para preparar este suceso, el mas grande que registra la historia, y á vosotros os enseñan que debeis por medio del trabajo y el estudio disponeros á obedecer dignamente el mandato de Dios.

Tres años dura no mas la vida pública del Redentor: muchos volúmenes se han escrito acerca de estos tres años, muchos mas se escribirán: la base de todos ellos ha sido el sencillo relato de cuatro hombres indoctos é iliteratos: ¿cómo unas cuantas páginas se han convertido en manantial inagotable de sublimes inspiraciones? ¿Qué tiene el Evangelio que es el libro de todos los buenos libros, singular, único é inimitable por confesion de sus enemigos mismos? El secreto de esta maravilla no es otro que ese libro es la *verdad*, la verdad en sí misma, la verdad en los hechos que se consignan en él, la verdadera historia, en fin, del que era, es y será fuerte de toda verdad.

Los Evangelistas cuentan lo que oyeron ó vieron con sus ojos y tocaron con sus manos (1): no aspiran á otra gloria que á consignar la verdad, y escriben con igual candidez lo que hace su elogio como lo que mas ó menos puede serles desfavorable: no nos ocultan su resistencia á creer en la resurreccion del Señor hasta que conversaron familiarmente con él y tocaron

(1) Epist. 1, cap. 1, v. 1 de San Juan.

las señales de su glorioso martirio; se confiesan pecadores é ignorantes, y hasta nos dan á conocer los movimientos de envidia, de falso celo y de ambicion de que se dejaron arrastrar en distintas ocasiones; si ellos, pues, no son creidos, ¿quién lo será en este mundo?

Acomodándonos, pues, al relato de los Evangelistas, y prescindiendo del orden cronológico de los sucesos, del cual los historiadores de Jesucristo no se cuidaron mucho (1), meditemos algunos instantes sobre la vida del Salvador, oigamos sus palabras, y subiendo hasta el Calvario juremos no abandonarle jamás al pié de la cruz.

La predicacion de Jesus es mas para sentida que para juzgada: no son verdaderos discursos los que pronuncia el Salvador, y en este sentido la imitacion del modelo ha de procurarse mas bien en el fondo que en la forma; forma bellissima, acomodada al auditorio que le escucha, propia de los labios santisimos que la pronuncian; pero mas que elocuencia, *palabra divina*, magestuosa, imponente, augusta, llena de una autoridad que todo lo subyuga. «Jesucristo, dice Bossuet, es el hombre absolutamente sometido á la direccion intima del Verbo, que llevándole hasta sí, no tiene mas que pensamientos divinos. Todo lo que él piensa, lo que él quiere, lo que él dice, lo que él reserva en su interior, lo que él quiere manifestar, es animado por el Verbo, dirigido por el Verbo y digno del Verbo; es decir,

(1) «Los Evangelistas no se han propuesto, dice el señor Martinez Marina, satisfacer en este punto nuestra curiosidad, sino referir sencillamente y con exactitud los hechos que tanto contribuyen á nuestra edificacion. Omitieron las épocas y el tiempo que ha corrido entre los diversos acontecimientos; porque las notas cronológicas no son de importancia cuando no influyen en la naturaleza de los sucesos ni alteran la verdad de los hechos.»